**ZANATTA, Loris *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999, 452 pp.**

En la historiografía argentina parece persistir un núcleo duro que no entrega su verdad histórica a pesar de los múltiples esfuerzos por develarla. En efecto, el peronismo continúa atrayendo los esfuerzos de investigaciones que sin cesar pretenden establecer nuevos marcos teóricos y metodológicos de búsqueda. En su obra anterior, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, el autor había establecido los términos de la formación de un bloque antiliberal que se construyó alrededor de un mito de la Argentina como "nación católica" y que tuvo como partícipes fundamentales a la Iglesia y a las fuerzas armadas. Complejizando el análisis de ese abigarrado y heterogéneo conjunto que referimos con "la iglesia católica" y no tanto desde las transformaciones internas a la corporación militar, el horizonte que allí intentaba establecerse era el de una ideología que funcionaba como visión del mundo para sectores hegemónicos de la política. El último libro de Loris Zanatta puede inscribirse en esta senda. No ha sido en vano que los subtítulos de ambos libros porten al peronismo, a la búsqueda de sus "orígenes", como el objeto de las investigaciones, pues el auténtico interés de Zanatta consiste en revelar una componente decisiva de la ideología peronista. Junto a ello, podemos observar que el otro tema de la relación iglesia-peronismo recorre *Perón y el mito de la nación católica*: aquel del conflicto que adoptaría una virulencia aparentemente inesperada a fines de 1954 y que tendría un rol tan importante en la caída del gobierno peronista.

Una característica de los trabajos de Zanatta es su voluntad de retratar los acontecimientos (y utilizamos este verbo refiriendo también a su interés por la *narración* histórica) con matices y desigualdades. En efecto, un aporte de sus estudios ha sido la indicación de que por Iglesia Católica debemos entender un fenómeno complejo que reconoce coincidencias pero también disensos internos. Las diferencias en las jerarquías eclesiásticas, los disímiles vínculos con el nacionalismo, las desiguales adhesiones al catolicismo social, las particularidades del laicado como actor social, la persistencia de un sector "liberal" en las filas católicas, las heterogéneas comprensiones de lo que es orden y de lo que es democracia, etc.; podríamos continuar la enumeración, pero con éstas nos basta para señalar los cuidados que toma el autor para no unificar *a priori* a la Iglesia católica.

Construido a lo largo de la década de 1930, en 1943 parecía establecido un consenso en los aspectos fundamentales de una representación cultural de la argentinidad que identificaba catolicismo y nacionalidad. Para las fuerzas armadas, la defensa de la nación coincidía con la supremacía del catolicismo como principio moral y social. El mito, sin embargo, aun no había establecido su realidad en una plasmación concreta. Con la revolución de junio de 1943 se creía llegada la hora de guiar al estado ocupado por los militares según los principios del catolicismo. Mientras durante los años precedentes esa aspiración no había podido realizarse por gobiernos que no cumplían las expectativas de la voluntad de poder católica, las primeras manifestaciones del general Rawson prometían una experiencia muy distinta.

Este pasaje del discurso a la realidad es el tema fundamental de *Perón y el mito de la nación católica*. En verdad, la experiencia peronista fue, mirada desde las peripecias del catolicismo, la prueba de qué problemas pueden encontrarse en la política contemporánea cuando se supone que la doctrina es sostenida según principios atemporales. Sabemos que esos principios obedecían a un contexto muy otro, y que las perspectivas católicas habían cambiado con los tiempos. Pero esto no importa cuando se trata de comprender las acciones del pasado, pues en las filas católicas era de común acuerdo que la realización del cristianismo había logrado presentarse según una fórmula que prometía el éxito: las fuerzas armadas se habían identificado con el catolicismo. La espada y la cruz habían logrado por fin una consistencia tal que los pesares que la modernidad y la política mundial deparaban podrían ser revertidos en una afirmación confesional-nacionalista.

Apenas producido el golpe militar del 4 de junio, las voces y escrituras católicas se apresuraron a sancionar positivamente la asonada. El catolicismo argentino en su conjunto aprobaba el fin de un régimen ahora visto como corrupto y degenerado. Ante la supremacía política del ejército, un frente católico aparentemente sin fisuras quería ser un sustento del intento de transformar la realidad. Y precisamente esa aspiración de uniformidad católica debía complementar el orden y el respeto de las jerarquías que, se suponía, las fuerzas armadas impondrían sin atender a los costos.

El dogma de la "nación católica" no articulaba, antes de 1943, un verdadero "nuevo orden". Lo que era posible después de la caída de Castillo fue su concreción. Pero esa experiencia no careció de dificultades, pues el mito católico-militar mostró que la consistencia discursiva no era suficiente para plasmarse en sociedad.

En los primeros tiempos del gobierno militar, todo parecía ir por los carriles esperados para el ejército católico y para la jerarquía eclesiástica. El GOU sostenía un catolicismo populista que adoptaba posiciones que la preocupación "económico-social" dentro de la jerarquía y de la Acción Católica se había establecido como un tema importante. El nombramiento de Gustavo Martínez Zuviría como ministro de Justicia e Instrucción Pública en octubre de 1943, y la imposición de la educación religiosa en las escuelas, mostraba la realización tan esperada.

La intervención del coronel Perón se inició como un intento de completar lo iniciado en las escuelas, pero en el terreno social. Había que extender la hegemonía propugnada por el catolicismo, que prevenía los peligros del comunismo. Sin embargo, pronto se vio que Perón no se limitaba a seguir una tutela religiosa, pues ésta no reconocía la necesidad de avanzar más radicalmente en las modificaciones sociales que aquel deseaba implementar. Allí se abrió una lucha, en muchos casos sorda, por disciplinar a un clero que se alarmaba por las medidas que Perón tomaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Para la figura ascendente de las filas militares, el mito de la "nación católica" parecía tener un carácter en buena medida instrumental, o bien modificable en su contenido de acuerdo a las necesidades prácticas.

La versatilidad de Perón respecto a las filas católicas no niega, según Zanatta, la validez del mito, sino que muestra precisamente su amplitud, su capacidad de articular

distintas voluntades políticas. Sin embargo, la comprensión regalista que Perón tenía de la vinculación entre poder político e Iglesia, prometía un conflicto. Para lograr los fines perseguidos, el secretario de trabajo y previsión concitaba a ciertos sectores sociales, y más concretamente a la clase obrera, para constituir una estrategia de poder que permitiera su consolidación política en un contexto donde los partidos políticos existentes lo acusaban de fascista. El alineamiento de la Iglesia en esa coyuntura (salvo las tensiones derivadas con el catolicismo "liberal" de *Orden Cristiano*) llevó a apoyar a Perón frente a una Unión Democrática que defendía el laicismo escolar y que en algunos de sus sectores era francamente hostil a la religión.

Las "exageraciones" de Perón en su política social, su inflexibilidad en subordinarse a las determinaciones eclesiásticas, su regimentación de los sindicatos y por ende la práctica eliminación de los sindicatos católicos, fueron elementos de una tensión en esta conflictiva concreción del mito de la "nación católica" que Zanatta persigue en sus primeros pasos, en este largo libro.

El inmenso trabajo de archivo que expone Zanatta en *Perón y el mito de la nación católica*, la capacidad de no reducir las identificaciones políticas a un principio, las tensiones que encuentra en el interior de pactos y acuerdos, y la construcción pormenorizada de una narración histórica de los acontecimientos, son sin duda elementos para considerar a ésta como una obra importante. Esa relevancia, y el objetivo de analizar la concreción del mito católico-castrense, nos llevan a preguntarnos por la consistencia de esa formación mítica que Zanatta reconstruyó con tanta paciencia y esfuerzo. Si el mito se mostró tan versátil y al mismo tiempo ineficaz, si pudo transformarse en visión del mundo y ser tan sensible a las diferencias exigidas por una sociedad conflictiva, es posible que ese mito no existiera fuera de las repeticiones que continuamente ejercían los sectores que aspiraban a imponerlo. Quizás un mito sea una formación consolidada que reproduce sus efectos y en la cual *participan* subjetividades sociales. Es posible, también, que tal mito no existiera fuera de sus *actualizaciones* permanentes, y que su fuerza no consistiera en producir realidad, sino en establecer las condiciones de su experiencia. Zanatta nos muestra que las exigencias de la política conmovieron la capacidad hegemónica que el mito había mostrado para ciertos sectores privilegiados de la sociedad argentina. Nos falta aun un estudio de sus derivaciones en otros sectores sociales.

En la clase obrera, por ejemplo, el mito no arraigó sino de modo muy circunscripto. Se mostró pronto que la dominancia de la ideología peronista, que incluía elementos del mito pero de manera subordinada, poseía unas coordenadas diferentes y que en esa confrontación durante una década Perón haría descansar su poder. Para el mismo Perón el mito podía ser reducido a un instrumento legitimador de sus aspiraciones y a las alianzas que obligaba la conflictividad política. Pero esa posición ante el mito reduce su capacidad explicativa, pues en un mito se *participa*. Si puede utilizarse un mito, ya se está fuera de él. Zanatta insiste, y termina su libro afirmándolo, que Perón era un hijo poco obediente del bloque clérico-militar constituido durante la década de 1930, pero que de todas manera no dejó de serlo. En efecto, la pertenencia militar de Perón nunca fue renegada y la

adscripción católica no perdió fuerza. La estrategia fue previsible: él estaba contra los sectores "malos" de ambas instituciones y no contra las instituciones como tales.

En este contexto, la afirmación de la consistencia del "mito de la nación católica" quizás se hubiera beneficiado de una aproximación más deconstructiva, que señalara las desigualdades de ese mito y fundamentalmente sus exclusiones. Este señalamiento en nada afecta la relevancia que este libro posee para la historiografía. En efecto, la obra que reseñamos abre nuevas perspectivas en la indagación de la relación iglesia-estado durante el primer peronismo, estableciendo detalladamente los términos, facciones, alternativas y tensiones que circulaban en una situación que ahora se nos presenta con una complejidad que aporta nuevos elementos para analizar y comprender el peronismo, una preocupación que, luego de medio siglo, no cesa de retornar.

omar acha